

Febrero lujuria

EDITH PÉREZ OROZCO

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
eperezo@unmsm.edu.pe

Febrero lujuria (2025), de Christian Reynoso (Puno, 1978), en su tercera edición, llega gracias al Grupo Editorial Hijos de la lluvia. El paratexto resulta una invitación al eje central de la novela: la festividad de la Virgen de la Candelaria que se celebra en Puno. Los epígrafes invitan a ser parte de esta festividad, llena de música, danza y embriaguez, en la ciudad de ficción Lago Grande. Esta edición incluye, además, un apartado con artículos y ensayos sobre la novela, publicados desde la aparición de la primera edición, en 2007.

Febrero lujuria invita a detenernos en dos aspectos que consideramos relevantes para medir el alcance de la propuesta de Reynoso.

El primer aspecto se define por la metáfora de la “candela”, que se representa de cuatro maneras: a) la sexualidad/euforia/sensualidad femenina, b) la expiación de los pecados y la limpieza del cuerpo, recuperado por la gracia del Dios católico, c) el fuego del cuerpo que vibra en los danzantes, y d) la irradiación de la vida/muerte, alegría/amor y libertad/amistad/feastividad. Todas inciden en la diversidad que el símbolo candela actualiza y que, en realidad, terminan entrecruzándose en diversos momentos de la novela, a partir de las historias particulares de sus protagonistas.

El segundo aspecto se define por las imágenes representativas sobre la corporalidad femenina. En la novela hallamos tres: a) Sagrada: la Virgen Candelaria tiene a sus pies a Lucifer, con su traje de la danza de la Diablada, tocándole su vestido y arrodillado, con ojos desorbitados como si estuviera pidiendo perdón (pp. 37-38). b) Profana: la joven Paola Candelaria siente que la desean, la desnudan y “que con solo una mirada podría tener a sus pies todo lo que quisiera” (p. 98); literalmente, lo tiene a Guillermo: “Entonces, aprovechando la posición que tenía frente a las piernas [...] empezó a subir sus manos” (p. 323). c) Doblemente mítica: Paola Candelaria personifica a la Pachamama o Madre Tierra y es en la isla de Taquile, en donde se consuma el encuentro sexual.



Febrero lujuria

Christian Reynoso
Grupo Editorial Hijos de la lluvia
Juliaca, 2025, 450 pp. 3ena. edición.

Paola encarna a la mujer *chawpi* quien conecta el kay pacha (aquí/hoy) con el ucku pacha (allá/pasado) con el agua o matriz del útero femenino andino. A su vez, en la fachada de la Catedral se observa el grabado de la “sirena tocando una guitarra” (p. 336); símbolo mediador que conecta la vida, la alegría, la diversión y la música. Por ello, la mujer *chawpi* y la mujer sirena simbolizan a la mujer danzante, cantante, seductora y conectora de lo profano y lo sagrado.

Así, el mundo de *Febrero lujuria* es la muestra del sincretismo religioso de lo católico y lo andino, la transculturación de la tradición andina con la modernidad y la posmodernidad; es decir, la fusión en la que el mes de febrero, en la ciudad del Lago Grande, la feminidad y el mundo andino, están negociando su renovación y permanencia de identidad con la posmodernidad. Febrero es el mes del descontrol de los cuerpos, la suspensión de las actividades productivas y cotidianas; la escisión y el encendimiento de los cuerpos para la danza. A su vez, mediante el pretexto de la festividad católica, en

realidad, se cuestiona el sistema opresivo patriarcal y se celebra a la Madre Pachamama. Las féminas tienen quince días para danzar, menear las caderas, ser miradas, deseadas y elegir a sus amantes (Cintia, Katherine, Paola Candelaria). Es el mes de la liberación, de la puesta en escena del desborde de la feminidad. El culto de la feminidad junto con la masculinidad que permiten la renovación de la vida. Entonces, la música y la danza son medios de la impulsividad que permiten el renacimiento, la gratitud y la recuperación de la fuerza.

Febrero lujuria es también una novela polifónica y etnográfica. Nos encontramos con dos tipos de narradores: el testigo, cuando se relatan acciones del poeta/periodista Núñez y de Augusto La Torre (soltero e iconoclasta); y el omnisciente en los personajes monsieur Wieland/antropólogo y Katherine/periodista (padre e hija franceses), Guillermo/estudiante universitario (argentino), Paola Candelaria (hija de la familia acomodada Cisneros La Torre), la familia Ramos Hinojosa, prósperos comerciantes, el padre Esquivel, Lizandro y su padre Rolando Montoya, el loco Montalván (avezado delincuente). Mediante los narradores señalados, la novela desenvuelve un tropel de voces que se sumergen en los vericuetos de la festividad. Estas voces dialogan, no sin tensión, construyendo un registro y, a su vez, actualizando memorias sobre la sociedad puneña.

En tanto lo etnográfico se sitúa en el narrador/guía quien nos orienta en el desplazamiento del centro (pasaje Lima, plaza de Armas, plaza Pino, Catedral, iglesia San Juan, bar Rock´keros) hacia la periferia de la ciudad (los bajos fondos). Al mismo tiempo es impresionante el detalle ficcional que elabora Reynoso sobre los trajes de las danzas y las competencias entre los conjuntos, los movimientos de los danzantes como los achachis, los diablos, las chinas *sajras* (hombres vestidos de mujer), entre otros; así como las referencias históricas sobre la Virgen de la Candelaria y el establecimiento de la festividad religiosa.